

INTERNACIONAL

CROACIA

El Tribunal Europeo condena el trato a alumnos gitanos

El Tribunal Europeo de Derechos Humanos condenó ayer a Croacia a pagar una indemnización de 4.500 euros a 15 ex estudiantes de etnia gitana que habían tenido que acudir a la escuela en clases separadas. Según Zagreb, la medida servía para que los chicos se pusieran al nivel del resto de alumnos, pero para la Corte es discriminación racial.— EL PAÍS

IRAK

Ocho muertos en dos atentados al sur de Bagdad

Ocho personas murieron ayer y otras 11 resultaron heridas en un doble atentado al sur de Bagdad, según el Ministerio del Interior. Bombas lapa adosadas a dos minibuses estallaron casi simultáneamente al sur de la capital. Los atentados coincidieron con ataques en la capital en los que fallecieron dos personas y otras ocho resultaron heridas.— AGENCIAS

ZIMBABUE

El presidente de Suráfrica media en la crisis de Gobierno

El presidente de Suráfrica, Jacob Zuma, llegó ayer a Harare, capital de Zimbabue, para mediar entre el presidente, Robert Mugabe, y el primer ministro, Morgan Tsvangirai. Ambos mandatarios se enfrentan desde 2008 por los nombramientos en el Gobierno de unidad en el que comparten el poder.— AGENCIAS

Obama da el último empujón a la reforma sanitaria estadounidense

Los líderes demócratas pretenden ganar la votación definitiva el viernes

ANTONIO CAÑO
Washington

En las horas finales del momento decisivo de la presidencia de Barack Obama, todos, en la Casa Blanca, en el Congreso y en la sociedad civil, hacen el último esfuerzo de cara a una ocasión en la que está en juego mucho más que la reforma sanitaria. Los líderes demócratas pretenden celebrar y ganar la votación definitiva el viernes, y Obama confía en que, sobre esa victoria, reconstruirá su popularidad y su proyecto.

Tanto se ha dicho sobre la reforma sanitaria en el último año que es dudoso que alguien sepa ya con qué objetivos se planteó esta propuesta en un principio. Tantas veces se ha votado ya esta ley en el Capitolio que es lógico que nadie confíe ya en que alguna vez puede llegar a aprobarse del todo. Una combinación de errores del Gobierno para defender sus ideas y aciertos de la oposición a la hora de distorsionar la reforma, ha encanallado tanto el debate que incluso la aprobación final de la ley puede acabar perjudicando electoralmente a quienes lo hicieron.

Después de algunos titubeos tras la derrota demócrata en las elecciones de Massachusetts, Obama decidió finalmente apostar a fondo por la reforma, consciente de que lo contrario hubiera arruinado por completo su gestión. Ahora está literalmente dedicando cada minuto de su tiempo a alcanzar la meta: conversando individualmente con los congresistas que se resisten a dar el sí,



Barack Obama, ayer en el Despacho Oval. / CASA BLANCA

El presidente confía en que, sobre esa victoria, recuperará su popularidad

agitando a la opinión pública, presionando a los líderes del Congreso a fijar un plazo de votación y atacando con contundencia los argumentos de los contrarios.

No es el único en esta batalla. Cientos de seguidores del movimiento ultraconservador Tea Party se concentraron ayer en las puertas del Capitolio gritando

en contra de la ley. Con ellos, varios representantes republicanos advertían a sus colegas demócratas del altísimo precio que pagarán en las urnas si siguen la voluntad del presidente. Los líderes de la oposición aseguran que la aprobación de este proyecto significaría la mayor trasgresión del Estado de derecho en muchas décadas.

El Centro para la Integridad Pública, un grupo privado de control al Gobierno, ha averiguado que 4.525 *lobbyistas* contratados por 1.750 empresas vinculadas a la sanidad han trabajado en el último año para bloquear esta reforma. Son alrededor de ocho *lobbys-*

tas por cada miembro del Congreso. En 2009, el sector de la salud gastó 544 millones de dólares en ejercer presión, 267 de los cuales corresponden a la industria farmacéutica.

Esta desproporción de argumentos y medios contra la reforma es, al mismo tiempo, una prueba de su trascendencia. Con todas las limitaciones que quieran destacar los críticos, esta legislación dará protección sanitaria a 31 millones de personas que no la tienen y revisará por comple-

to el papel que las aseguradoras, los hospitales y los médicos tienen actualmente en el sistema sanitario. Se trata de una reforma gigantesca que, analizada con la perspectiva del tiempo, merecerá el esfuerzo que se le ha dedicado.

Todavía quedan por escribirse, sin embargo, algunas líneas de esta historia. Los demócratas aún no han decidido mediante qué procedimiento intentarán aprobar la ley. Es una decisión importante porque de ella depende, en alguna medida, la credibilidad del producto final. Si finalmente se logra, Obama se subirá el domingo al *Air Force One* convertido en un hombre nuevo.

Motín a la hora del té

M. Á.
BASTENIER



En 1773 un grupo de colonos disfrazados de indios arrojaron al mar en el puerto de Boston un cargamento de té, en protesta por el monopolio colonial sobre el transporte y comercio de la infusión, y la historiografía patria ha consagrado aquel modesto motín como uno de los primeros actos de rebeldía contra la metrópoli británica, que acabaron por conducir a la guerra de independencia. Y la presidencia de Barack Obama ha obrado curiosamente como galvanizador de un nacionalismo xenófobo que se hace llamar Movimiento del Tea Party, que, aún sin líderes oficiales ni aparato, agrupa ya a millones de seguidores.

Los movimientos *nativistas*, o de búsqueda de esencias patrióticas incorruptibles, nunca andan lejos de la superficie en la vida política norteamericana. La fundación de los Estados Unidos no se llevó a cabo como la Revolución Francesa en nombre de la humanidad para hacer tabla

rasa con el pasado, sino para recrear en el Nuevo Mundo un supuesto Gobierno parlamentario de gente acomodada, que las despóticas autoridades coloniales violaban; quería ser una restauración. Así es como nació en 1845 para efímera fama el movimiento de los *Know-Nothing* (Los que nada saben), que fundó un partido, el *Native American Party* (Partido Nativo Americano), contra la inmigración entonces masiva de irlandeses, que además de extranjeros tenían la ocurrencia de ser católicos.

Ese americanismo raigal era antipapista, antinegro, antijudío, y anti todo lo diferente como reivindicación identitaria de lo blanco, anglosajón y protestante. Y si sus componentes tuvieran un gusto no demostrado por la lectura, su Biblia contemporánea sería *Who are we* (2004), del politólogo ya fallecido Samuel P. Huntington, angustiado grito de la anglosajonidad contra la *invasión* latinoamericana, también y todavía mayoritariamente católica, en nombre de unos valores que, como decía el autor, “no son los nuestros”.

El politólogo Richard Hofstadter había acuñado el término *status anxiety* (ansiedad de posición social) en su *The paranoid style of american politics* (1965), en que describía a los que temen verse desplazados en la sociedad por la marea del *otro*, lo que incluye cualquier tipo, por escueto que sea, de modernidad. El propio Obama habló en su campaña electoral de “votantes que se aferran desesperadamente a las ar-

mas de fuego o la religión, mostrándose contrarios a todo lo que no sea como ellos”. Palabras tan bien elegidas que tuvo que retractarse inmediatamente por la escandalera que se formó.

El movimiento del Té puede esfumarse como tantos otros intentos de crear una tercera fuerza y ni siquiera está dicho que pretenda un día convertirse en partido, pero puede hacer escorar fuertemente la formación política republicana, a la que los mentores del último Bush ya habían corrido lo suyo hacia la derecha. Esa toma de poder interna posiblemente com-

Esta ‘intifada’ fundamentalista es una furia contra el primer presidente afroamericano

placería a uno de los inspiradores más visibles del personal, la *adali* del pensamiento político cristiano Sarah Palin —nacida católica y hoy devota protestante—, que fue candidata a la vicepresidencia con el republicano John McCain. El movimiento mira también con embeleco a televangelistas de la política como Rush Limbaugh, y acusa al presidente de extranjero y extranjerizante, socialista, débil sino incluso agente del islamismo, del terroris-

mo y del comunismo, para que nadie du- de de contra quién van.

Mas a pie de calle, los hipotéticos votantes del té abominan y se asustan ante los pelos largos, el feminismo gritón, el poder negro, la conspiración judía, el brazo armado de Roma —la inmigración latina— y como compendio de todo ello cualquier Gobierno que pueda sentir la más mínima tentación socialdemócrata. Así, podría librarse un combate entre las dos almas del partido republicano: populismo contra elitismo; liberalismo anarquizante contra el más insignificante intervencionismo de Estado; fanatismo religioso contra la relativa moderación en cuestiones morales de la aristocracia republicana.

Esta *intifada* fundamentalista nada le debe a un Edmund Burke, el compilador de todo lo que, respetablemente, cupiera decir contra la I República Francesa y la guillotina. Es, al contrario, una furia desatada por la presencia de un afroamericano en la Casa Blanca, porque entre los clichés pergeñados con ocasión de la elección de Obama, quizá el mayor ha sido que se había roto el tabú del color para la presidencia. Los blancos, como siempre, eligieron a McCain, y si el demócrata triunfó fue por la afluencia absolutamente inédita de latinos a las urnas. La paradoja consiste hoy en que el presidente que mayores y mejores expectativas había despertado en el mundo está sacando de Estados Unidos lo peor de sí mismo.